

**Reseña bibliográfica: Bancalari Molina, Alejandro, *La idea de Europa en el mundo romano: proyecciones actuales*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2015, 152 pp.**

**Palabras claves:** Unión Europea – Imperio Romano – *Humanitas* – *Civitas*

**Keywords:** European Union – Roman Empire – *Humanitas* – *Civitas*

**E**n su más reciente publicación, Alejandro Bancalari Molina presenta a los lectores una perspectiva en profundidad sobre la idea y noción de Europa en el contexto del Imperio Romano.<sup>1</sup> El abordaje que el autor propone se basa en una perspectiva interdisciplinaria que dota a la obra de un carácter y de una amplitud sumamente interesante, ya que la definición de una identidad europea y de la idea de Europa no están solamente supeditadas a una delimitación particular. Esto hace que el concepto-objeto de estudio en el libro requiera ser explorado en sus múltiples dimensiones (geográfica, cultural, antropológica, lingüística, mitológica, etc.), lo que hace que el público interesado en la consulta de la presente obra sea potencialmente variado. De particular relevancia, en ese sentido, es que el análisis de la proyección al modelo de la actual Unión Europea es indagado sobre la base de la influencia sobre el mismo del modelo de ciudadanía aplicado en el imperio luego del edicto de Caracalla (212 d.C.).

La obra está estructurada en siete capítulos. El primero refiere al valor del concepto de Europa en la historiografía de los siglos XX y XXI. Se observa allí que la principal preocupación de la historiografía contemporánea pasa por la búsqueda de un criterio de evolución y desarrollo del concepto para perfilar los orígenes de la conciencia y del sentimiento de lo que significa ser europeo, de pertenecer a una cultura y a una civilización en común. En líneas generales, para el autor, hasta la década de los '60 del siglo pasado, los conceptos de Febvre, Reynolds, Benda y la historiografía italiana de los años '50 establecen los principales lineamientos que marcan la importancia que el mundo grecorromano tuvo en ese proceso. La génesis del mundo europeo se encuentra, efectivamente, en la antigüedad gre-

---

<sup>1</sup> En su anterior publicación, se analiza ya la dimensión política de la integración de un Imperio sumamente heterogéneo en aspectos tanto culturales como lingüísticos, y se problematiza cómo la *humanitas romana* se volvió un factor homogeneizador (“unidad en la diversidad”). Su pervivencia por más de 2000 años de historia forma un primer paradigma de globalización: BANCALARI MOLINA, A., *Orbe Romano e Imperio Global. La romanización desde Augusto a Caracalla*, Santiago, 2007.

colatina, pero dicho pasado no es una parte integral del mundo europeo contemporáneo. Se resalta también la idea de un origen asiático en la creación de la propia identidad, en el marco de la clásica concepción polar de la definición de una Europa como paradigma político y social antitético del Oriente. En la década de los '60, a partir de las conferencias organizadas por la Fondation Hardt, se produce, en cambio, un viraje en la perspectiva gracias a la aproximación propuesta por la antropología, la cual implicaba el descarte del paradigma dicotómico e invitaba a partir, por el contrario, de un análisis exhaustivo del desarrollo histórico de los pueblos en particular.<sup>2</sup>

En el segundo capítulo se aborda el nombre *Europa* y la tradición clásica en la antigüedad. La estructura responde a un criterio de desarrollo histórico del mismo concepto, desde las formulaciones más antiguas del mito hasta las particularidades de la perspectiva sobre Europa en el periodo helenístico, pasando, por supuesto, por el desarrollo de nociones centrales durante el período clásico del mundo griego, percepciones que tendrán, en efecto, un lugar de privilegio en las formulaciones de la historiografía moderna sobre el tópico.

En el mundo antiguo, el mito sirvió en más de una ocasión, y a diferentes grupos étnicos, para dar un argumento sólido sobre una realidad determinada, algo que afectó también la definición de Europa. En este caso particular, el autor analiza el mito del rapto por Zeus de Europa, princesa de la ciudad fenicia de Tiro, que dio origen a la búsqueda de la misma. Esta dimensión mítica es retomada por la literatura romana, como ocurre en Ovidio, que desde este hecho explica la formación de la dinastía minoica a partir de la unión de la princesa con Zeus en la isla de Creta o la aventura que emprenden los cuatro hermanos de Europa hacia Occidente para saber de su paradero y dan lugar a la saga de Cadmo y la fundación de la polis de Tebas, desde la que se trasmite el alfabeto fenicio al pueblo griego, o la saga de Tasos de la que la isla egea recibe el mismo nombre.

Hacia fines de la época arcaica, a finales del siglo VI a.C., aparece en el himno homérico a Apolo en Delfos un nuevo criterio de definición para Europa, más racionalizado que mítico, en el sentido que responde a un criterio estrictamente geográfico. Allí, Europa se define por su oposición a la Grecia insular y al Peloponeso, apareciendo la primera como más amplia y refiriéndose posiblemente al territorio de Grecia central.

Con Heródoto de Halicarnaso, el *padre de la historia* según Cicerón, Europa pasó a definir no solo una unidad geográfica específica, sino también una unidad étnico-cultural par-

---

<sup>2</sup> Los estudios étnicos fueron abandonados en gran parte de Europa (exceptuando el Reino Unido) en el periodo de pos-guerra. El concepto de "raza" fue reemplazado por otros más neutrales como "cultura arqueológica" o "grupo dialectal". La "Escuela de París" tuvo gran influencia en esta nueva corriente y las obras de Gernet, Vernant y Vidal-Naquet, conjuntamente con los aportes del estructuralismo de Levi-Strauss, la sociología de Durkheim y la antropología de Mauss contribuyeron a renovar el análisis de la cultura griega; en esta nueva discusión historiográfica inaugurada a partir de los '50, la cuestión étnica se fue diluyendo en la de la identidad cultural: MORENO LEONI, A., "Procesos identitarios y etnicidad en el mundo griego antiguo. Historiografía, tradición académica y el aporte teórico de Fredrik Barth" (pp. 142-170), *Claroscuro. Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural* 9, 2010, pp. 150-154.

ticular. Con respecto a la base política-cultural de Europa, Heródoto habría estado fuertemente influenciado por la tradición geográfica jónica, que oponía Europa a Asia, y que en el plano épico tenía su origen en el rapto de Helena y la destrucción de Troya por los aqueos. Como sabemos, esto culminaba finalmente con las Guerras Médicas a comienzos del siglo V a.C. Bancalari Molina advierte la existencia de esta oposición también al momento de desentrañar las particularidades metodológicas de Heródoto, caracterizadas por el uso de binomios opuestos funcionales para definir a uno y otro continente como desiguales en todo. Entre estos binomios, vale destacar la centralidad de los pares: *rico-pobre*, *democracia-tiranía* y *ciudadano-esclavo*. Cada uno de los continentes moldeaba la sociedad y a los individuos que la componían, de forma que, desde una perspectiva etnocéntrica, los griegos aparecían como sujetos ingeniosos, arrojados y valientes, mientras que todo lo contrario caracterizaba a los asiáticos. Pese a lo anteriormente comentado, para el autor, el término *bárbaro* no constituye un antimodelo cultural en Heródoto, sino que sirve para definir todavía a aquel que no habla la lengua griega, al que balbucea, relacionándose así con el célebre término *barbaróphonoí* de la *Iliada*.

Finalmente, gran parte de estos conceptos de oposición fueron marginados, al menos desde lo estrictamente político, con la anexión del Imperio Persa por Alejandro Magno, hasta el punto de servir como un modelo de asimilación cultural a través de la construcción de la preeminencia de la lengua y de la forma de vida griega (*pólis*, *paideía*, gimnasio), posteriormente también empleado por Roma. Así, para el autor, la colonización del mundo asiático representa el primer acto en la historia de la expansión europea.

La noción sobre Europa en el mundo romano es trabajada a partir del tercer capítulo. Allí, las menciones y el análisis en torno a distintos pasajes y fragmentos de escritores romanos, geógrafos y también autores de otros géneros, sobre todo, durante el inicio del periodo imperial con Augusto y luego con Tiberio. El capítulo se focaliza en tres ejes: primero, las continuidades de los conceptos griegos en el mundo romano y el reconocimiento de una pertenencia cultural en común; segundo, la conformación de la idea de *humanitas* y, tercero, la dicotomía europea sobre la génesis de Oriente.

Utilizando la categoría de “historia intencional”, elaboradas por Umberto Roberto, Stefan Berger y Hans-Joachim Gehrke, el autor estudia cómo se transfirió el concepto de oposición Europa-Asia del mundo griego al romano. Un caso ejemplar es el desarrollo de la propaganda anti seléucida y antigónida a principios del siglo II a. C., en la cual Roma ponderó la independencia griega por sobre el despotismo oriental, así como también llevó a cabo un uso activo de las batallas de Maratón y Salamina con fines estrictamente ideológicos-argumentativos funcionales a la intervención militar senatorial en Oriente. Durante el periodo romano se va así conformando un estereotipo que ayuda a la identificación Grecia-Roma, Europa-Occidente.

El concepto de *humanitas*, por su parte, fue más que necesario en el momento en que Roma se volvió la potencia hegemónica en todo el Mediterráneo y en el cual consolidó su

paz interna. La cultura romana necesitó abrirse al mundo y este, por su parte, tomarla sin vacilación; el problema del determinismo geográfico también se hace presente, cuando el autor llama la atención sobre la idea de que esta “cultura superior” se forjó en una zona geográfica (y climática), que, para Estrabón y Vitruvio, dotaba naturalmente a la ciudad de cualidades, actitudes, así como de una práctica cultural superior a las de Asia y África. Este ideal responde a una necesidad de “incluir” imaginariamente al extranjero, haciéndolo formar parte del nuevo orden político establecido, en la medida en que el poder romano comienza a extenderse hacia el oeste y el este sobre pueblos culturalmente diferentes.

Entre los elementos originarios que se pueden atribuir a Oriente para con Europa se encuentran: el mito del rapto de la princesa homónima por parte de Zeus, la fundación de Roma por Eneas, sobreviviente de la destrucción de Troya, y, finalmente, la llegada del cristianismo. En el primer caso, la toma del nombre se da por un rapto y el nombre que bautiza al continente tiene su génesis en Oriente. En el segundo caso, el autor aclara que la intención de Virgilio no es dar por fundador a un asiático, sino que se intenta mostrar más bien como un caso de retorno, puesto que si bien Eneas era troyano, el fundador de la ciudad, Dárdano, era de origen itálico, lo que pone al personaje central de la *Eneida* en el papel de quien vuelve a su lugar de origen. Virgilio también se esmera por demostrar que solo las deidades orientales se conservan entre la nueva población latina mientras que existe una continuidad en la lengua y la cultura. El tercer elemento es el cristianismo y como un culto proveniente de un rincón recóndito del imperio termina formando uno de los pilares más importantes de la cultura occidental, ya que sobrevivirá al colapso del imperio siendo uno de las principales fuentes de la romanidad para la posteridad.

En el capítulo cuarto, se analiza la trilogía *Roma-Europa-Mediterráneo* en torno a tres líneas principales: por un lado, la definición del *mare nostrum* como concepto geográfico y cultural, centro de articulación romano y de integración que permite a la *Urbs* desarrollar su papel histórico, conquistando y llevando su cultura superior al resto de los pueblos. A ciencia cierta, se sabe que el conocimiento griego del continente europeo noroccidental era bastante limitado y que Roma, con su proceso gradual de expansión, necesitó ampliar sus conocimientos sobre dicha región. Polibio recorrió gran parte de Hispania y la Galia, documentó la visión romana sobre los pueblos que la habitaban, y argumentó la necesidad de integrar a dichos pueblos a la cultura superior del mundo romano, dando así una dimensión geográfica-cultural clara: una Europa mediterránea civilizada y una Europa septentrional bárbara. La integración al sistema romano, que se llevó a cabo desde la conquista de Hispania hasta la conquista de Britania por Claudio, es la tercera línea del capítulo y concluye con la idea de que dichas conquistas cierran el *segundo aro* sobre el corazón del imperio, es decir, los dominios sobre el *mare nostrum*.

Ya en el quinto capítulo, el autor propone abordar la relación entre Europa y el mundo romano en dos sentidos. El primero, desde las diferentes concepciones de Europa en el periodo imperial y, el segundo, en el que vincula a Europa con la eternidad del orden ro-

mano. La perspectiva dicotómica de Plinio y Estrabón, heredadas directamente del mundo griego, son reemplazadas por ideas más amplias y universales creadas en el contexto del esplendor imperial romano, durante la *Pax* del siglo II d.C. Dion Casio es un ejemplo claro y consistente de esto, cuando define como Europa a las zonas de control romano, rompiendo con las limitaciones geográficas tradicionales, pero manteniendo al mismo tiempo los esquemas antropológicos. Otra fuente interesante que cita el autor son los panegíricos del bajo imperio, que dan una dimensión de la noción de Europa en el momento en que comienza la fusión romano-germánica. Los mismos, en efecto, siguen tres lineamientos básicos para definir los dominios europeos: primero, la frontera natural (el río Don) entre Europa y Asia; segundo, el Rin como frontera entre el mundo romano y el germánico y, finalmente, en tercer lugar, las particularidades del *limes* como zona de contacto y de necesaria integración entre los pueblos.

Los dos últimos capítulos son de un interés particular, ya que en ellos encontramos las proyecciones del mundo romano a la Comunidad Europea contemporánea. Su análisis es sumamente rico, puesto que se toma el concepto de *civitas*, que dio status legal y jurídico a todos los habitantes del imperio (proceso gradual que encuentra su culminación con el edicto de Caracalla), así como también los valores cívicos y culturales de pertenencia al orden romano, y se muestra en qué medida los mismos actuaron como antecedente del fenómeno de la ciudadanía europea, particularmente desde la década del '80 del siglo XX en adelante, cuando la Comunidad procuró no solo una integración de índole económica sino, también, jurídica y cultural. Dicha ciudadanía tiene otra característica que el autor se encarga de ligar con el modelo civil romano: el de la doble patria, la pertenencia a un orden supranacional se complementa así con la identidad local propia del sujeto (región o provincia romana y actualmente Estados nacionales de la UE). La experiencia romana, por tanto, es la base de prácticamente todos los órdenes sociales del actual modelo europeo, que se materializa en los estatutos civiles unificados, en un régimen de ciudadanía única y global y que se profundiza hacia 2014, cuando comienzan a integrarse una parte considerable de Estados nacionales que fueron antiguamente provincias romanas orientales.

Como consideración final vale destacar que la lectura de esta nueva publicación del profesor Bancalari Molina invita a los lectores a una reflexión en profundidad sobre las proyecciones actuales de la historia antigua, que permite un recorrido general sobre la formación de la identidad europea hasta nuestros días como así también sobre las dificultades y los desafíos que nuestro tiempo le deparan. Estos aportes requieren de una atención y de una capacidad de síntesis que vale destacar como un punto fuerte de esta obra, lo que se suma al empleo de un lenguaje claro y detallado que da forma a una lectura amena y entretenida, pero también profunda y precisa.

Ignacio Carrón  
Universidad Nacional de Río Cuarto  
ignaciocarron@live.com